

“GOBIERNO ESCOLAR”

Revista de Educación, N° LI, LII, y LIII, septiembre-octubre-noviembre de 1885, pp. 241-250.

GOBIERNO ESCOLAR

No es necesario disertar extensamente sobre la importancia del orden en las escuelas. Todos los que han escrito ó hablado acerca de este asunto reconocen la necesidad de la obediencia de parte del discípulo. “El orden es la primera ley de la creacion”, y no es más esencial á la armonía del universo que á la prosperidad de una casa de educación. Si tal es la necesidad de que haya orden en la escuela, lógico es deducir que la habilidad para mantenerlo es parte muy importante de la aptitud del maestro. Lamentable es que tantos carezcan de esta particularidad; y tan frecuente falta puede ser considerada, en los más de los casos, como defecto del temperamento constitucional; ó como deficiencia de la cultura moral ó intelectual del mismo maestro. Por consiguiente nuestro primer objeto será indicar algunos de los

REQUISITOS DEL MAESTRO PARA GOBERNAR BIEN

I.

GOBIERNO DE SÍ MISMO

Se ha dicho frecuentemente que ningun hombre puede gobernar á otros hasta que ha aprendido á gobernarse: y esto es tan verdadero que

cuando un individuo no tiene perfecto dominio sobre sí mismo sus decisiones pueden dejar de ser respetadas. El maestro debe saber gobernarse:

1. *En la pasión de la ira.*—La manifestación de la ira disminuye siempre el peso de la autoridad. Bajo su influencia, el maestro no es capaz de hacer justicia á sus discípulos. Por eso antes de dedicarse á enseñar debe dominar su temperamento hasta el punto de que pueda gobernarlo bajo cualquier provocación; debe considerar que en la escuela su paciencia será á menudo puesta á prueba; ha de esperar que la corriente de los asuntos escolares raro día pasará perfectamente mansa; y por lo tanto debe estar preparado para lo peor, y convencido de que cualquier suceso desagradable que ocurra no le tomará enteramente de sorpresa. Semejante precaución le dará mando sobre sí mismo; y si á pesar de esto por experiencia pasada y por la naturaleza de su temperamento conoce que no puede ejercitar este gobierno de sí propio, esté seguro de que no es apto para comprometerse á enseñar. Es peligroso confiar el gobierno de los niños á una persona que no tiene dominio completo sobre sus pasiones.

2. *En la levedad ó en la morosidad en su manera de tratar á los niños*—Estos dos extremos deben evitarse. Algunos maestros muestran tanta frivolidad en el trato con sus discípulos, que jamás pueden mandarles con autoridad ni ganarles un respeto cordial. Falta grave es esta; el maestro hallará de una vez el antídoto de ella, si reflexiona sobre la responsabilidad de su posición; y si esto no le cura nada podrá remediarla.

Otros maestros están caracterizados por una petulancia perpétua; tanto que una palabra agradable de ellos es cosa extraña. Jamás pueden esperar ganarse el afecto de sus discípulos; y sin asegurar el afecto de los niños, el gobierno de éstos nunca será el de la verdadera bondad. El trato habitual áspero, seco ó despegado de los maestros con sus discípulos debe quebrarse de una vez.

Algunos maestros jóvenes toman á veces una ú otra de estas maneras, ó quizás ambas, usándolas alternativamente, imaginándose que adquirirán popularidad con la una, y que se darán autoridad con la otra. Este concepto es erróneo, porque los niños tienen más discernimiento que el que les atribuyen los más de los hombres, y ordinariamente ven en eso un distras; así es que el maestro, colocado en una posición tan falsa, se pone en ridículo, en vez de obtener estimación.

3. *En el trato con los discípulos notados por alguna peculiaridad.*—Ordinariamente hay algunos discípulos que son lerdos y quizás estúpidos, ó

que tienen defectos físicos ó ciertas rarezas intelectuales. El maestro debe saber gobernarse á sí mismo en todas sus observaciones relativas á tales niños; ha de evitar en la escuela toda alusion á semejantes singularidades, porque es el colmo de la injusticia, por no decir de la malevolencia, el emplear los epítetos bajos y degradantes que frecuentemente se oyen en boca de algunos maestros. ¿No es bastante desgracia para una criatura el ser lerda ó estúpida sin la mortificacion agregada por la crueldad de un maestro insensible? El buen maestro tiene un interés especial por semejantes niños, y se esmera en tratarlos con sentimientos paternales, que los animen y nunca los depriman.

II

CONFIANZA EN SU HABILIDAD PARA GOBERNAR

Generalmente podemos hacer lo que razonable y firmemente nos creemos capaces de hacer; y sea como fuere, un hombre es más apropósito para llevar á buen término una empresa, cuando tiene el sentimiento de la confianza de sí mismo. El maestro, reflexionando sobre la importancia del buen gobierno escolar, y estudiando los medios que ha de emplear, y los motivos que ha de presentar, debe ser capaz de determinarse á tener buen órden en su escuela, y creer que puede tenerlo tan completo que sus discípulos no adviertan ninguna duda en él bajo este respecto. Siempre que descubran que él duda del éxito de su gobierno estarán más inclinados á ponerle á prueba su habilidad. Será mejor que un maestro joven rehuse hacerse cargo de una escuela, que entrar en ella sin completa fé en su propia actitud para gobernar á sus discípulos. Esta observacion no se ha de tomar como estimulante de una presuncion inmoderada y ciega. La confianza del maestro en su capacidad debe fundarse en una apreciacion razonable de sus facultades, relativamente á las dificultades que ha de superar. Lo recomendable es que el maestro mida cuidadosamente los obstáculos, juzgue ingenuamente sus propios recursos y no emprenda nada que él no considere al alcance de su capacidad. Si despues de esto cree que puede obtener buen éxito es casi seguro que lo obtendrá.

III

MIRAS RECTAS DE GOBIERNO

1. *Verdadero objeto del gobierno.*—No es gobierno la tiranía ejercida por placer del gobernante, ó para promover su conveniencia personal. El déspota manda por gusto de ser obedecido. Pero el gobierno propiamente dicho es un arreglo para el bien general, tanto para beneficio de los gobernados como del gobernante: no es buen gobierno el que procura otro objeto cualquiera. El maestro debe mirar así este asunto, y al establecer reglas en la escuela, inquirirá siempre si son sugeridas por una mira egoísta hácia su propia comodidad, ó si proceden de un sincero y desinteresado deseo de promover el adelanto de la escuela.

2. *El gobierno debe ser uniforme.*—Preciso es que el maestro reconozca la necesidad de que el gobierno escolar sea uniforme, esto es, el mismo de día en día. Si castiga hoy lo que toleró ayer, no espere respeto cordial de sus discípulos. Algunos maestros que no han aprendido el arte de gobernarse á sí mismos, obedecen demasiado á sus propias impresiones. Hoy tienen buena salud, tienen sus semblantes resplandecientes de buen humor y pueden sonreír por cualquier cosa; mañana bajo la influencia de una mala digestión ó de la necesidad de sueño ó ejercicio, la tormenta les nubla el rostro pronta á estallar sobre cualquier culpable, y ¡ay! de la infeliz criatura que no haya observado oportunamente este cambio en la condición del tiempo!—Un maestro tan caprichoso no puede respetarse, ni estar seguro de que será muy respetado.

3. *El gobierno debe ser uno mismo para todos.*—El maestro debe procurar que su gobierno sea igual en su aplicación á toda la escuela; para los grandes como para los pequeños escolares, para los varones como para las niñas. Incurren en grave falta los maestros que erigen en sus escuelas una especie de aristocracia, una clase privilegiada, una nobleza en miniatura. Insisten en que los niños menores se abstengan de ciertas prácticas y castigan á los delincuentes, mientras que toleran los mismos hechos á los discípulos mayores. Este proceder es cobarde, y tan impolítico como cobarde. Comete grave error el maestro que comienza su gobierno con los niños pequeños. Tenga el valor y la justicia de

comenzar con los mayores; pues los pequeños nunca se resisten cuando la autoridad se ha establecido sobre los que están arriba de ellos. Además, los que están así favorecidos son los que más pronto desprecian, y con mucha justicia, la autoridad del maestro.

4. *El gobierno debe ser imparcial.* — El maestro ha de cuidar de que su gobierno sea imparcial bajo todos respectos, no teniendo ningunas preferencias basadas en circunstancias exteriores del niño, de la familia de éste, ó en sus atractivos personales. El rico y el pobre deben ser iguales ante el maestro.

Cada niño tiene una alma, y con las almas, y nó con las riquezas de este mundo, tiene que hacer el maestro, sin olvidar que un diamante, antes de brillar está oculto bajo un exterior tosco, y que es un trabajo de muy gratos resultados darle un esmerado pulimento.

No obstante la imperfeccion de la naturaleza humana, el maestro desenvolviendo y cultivando las facultades de los niños encuentra en cada uno de ellos más ó ménos cualidades. Son séres inteligentes y racionales, tienen amor á la aprobacion, muestran afecto y sentimiento moral, cualidades que ellos tienen notablemente desarrolladas cuando ingresan en la escuela, y que el maestro debe tener en consideracion recurriendo á ellas con la más estricta imparcialidad.

El amor á la aprobacion no es un medio indigno de ser puesto en accion, porque empleado imparcialmente, los niños son fácilmente gobernados por medio de él. En verdad que no es el móvil más elevado pero tampoco es el más bajo. El *afecto* que el maestro puede inspirar á sus discípulos siendo imparcial con todos es uno de los medios mas poderosos para gobernarlos.

En fin la *conciencia* tempranamente ejercitada es casi omnipotente. Indicamos estos principios de accion para significar que el maestro debe estudiar atentamente el carácter particular de cada uno de sus discípulos, y comprender bastante el espíritu humano para ser capaz de hallar las avenidas de las mejores partes de la naturaleza de todo niño.

IV

DECISION Y FIRMEZA

Entiéndese por *decision* una disposicion á determinar y á obrar en

cualquier evento precisamente como el deber dicta; una buena voluntad para tomar la responsabilidad luego que la vía es clara.

Por *firmeza* se entiende la fijeza de propósitos que resueltamente lleva á cabo una recta decision.

Estas dos cualidades son esenciales del buen gobierno. Mucho tiempo suele perderse por la vacilacion de un maestro cuando la accion es más importante. Además si los discípulos descubren que el maestro vacila y que teme tomar alguna responsabilidad, muy pronto le pierden el respeto. No es esto sugerir que el maestro debe obrar precipitadamente pues nunca debe decidir hasta que esté seguro de que decide bien. Es mejor cualquier demora que el error apresurado; pero la demora en todo asunto de gobierno debe referirse el verdadero conocimiento del deber: cuando éste es conocido claramente, no se debe demorar la decision.

Muchos maestros gobiernan mal por falta de firmeza y por obrar segun su conveniencia personal. En algunas escuelas sucede á menudo algo parecido á esto:—"¿Puedo ir á beber agua?" dice Juan en tono de súplica.—"No", responde prontamente el maestro y de seguro que sin reflexionar sobre su decision. Juan se sienta muy tranquilamente contemplando el semblante del maestro de una manera suspensa como quien dice por sí: "Pronto probaré otra vez". Poco despues observa Juan que el maestro está muy ocupado con una clase y otra vez hace la peticion:—"¿Puedo ir á beber?". Picado de impaciencia por haber sido interrumpido, el maestro contesta instantáneamente y enfáticamente: "Nó, nó. Juan, siéntese." Juan observa tranquilo la expresion de su maestro; no puede descubrir indicios de un pensamiento que busca la senda del deber y dice para sí: "Ala tercera vez nunca falta." Así despues de un minuto ó dos, cuando el maestro está algo preocupado en algun asunto sério suena otra vez en su oido:—"Señor, puedo ir á beber?".—"Sí, sí, vaya V."

Juan vá á beber y luego se pone á filosofar sobre este asunto, quizá del modo siguiente: "No creo que se detiene á pensar si yo necesito ó no beber; nunca creeré que niega realmente cuando dice *no*; obra sin pensar, y lo cierto es que consigo lo que quiero si se lo pido muchas veces. Ya sé cómo he de proceder." No es seguro que cualquier niño exprese este pensamiento con tantas palabras; pero sí que su operacion mental no es menos clara.

El maestro debe considerar cuidadosamente la peticion que se le hace: "¿Cuánto tiempo hace que este niño bebió agua?" ¿Puede serle necesario beber tan á menudo?" Entónces la respuesta debe darse nuevamente

pero con decision: "No, no Juan", verdadero modo como se arreglará probablemente el asunto de suerte que Juan no pida otra vez. Una vez dada la respuesta, ha de ser firmemente sostenida; pues será mejor que Juan sufra por falta de agua, que por falta de confianza en la firmeza de su maestro. De este modo, el maestro acreditará su palabra en la escuela, y sus discípulos aprenderán pronto que en boca de él *no* significa *no*, y *sí* significa *sí*, asunto de no poca importancia para gobernar bien una escuela.

V

BENEVOLENCIA

La benevolencia es otra de las cualidades que debe tener el maestro para gobernar bien su escuela. Entiéndese por esta cualidad, que es tan esencial en la vida del maestro, como su buena voluntad siempre igual, su fervorosa simpatía y sincera generosidad habitualmente ejercitadas hácia sus discípulos. No hay en la tierra fuerza más poderosa que el amor, y cuando este sentimiento toma posesion del corazón humano, es omnímodamente penetrante y predominante, sobre todo si se ejercita en apoyo de la simpática niñez. Solo el maestro que ama á sus discípulos tiene poder para ganarse el amor y la confianza de ellos, que deben constituir su seguridad principal en el gobierno de la escuela. Un discípulo afectuoso confiará en nuestro juicio, respetará nuestra autoridad y temerá nuestro desagrado. Si le demostramos con nuestra benevolencia que somos adictos á él y que todos nuestros esfuerzos se dirijen á realizar el bien, y le persuadimos de nuestra sinceridad, nos apoderaremos de él como por encanto y no tendremos ulteriormente necesidad de emplear para él la fuerza, porque está sometido á otra ley más elevada que le induce á agradecer nuestros anhelos y á procurar el bien de la escuela. Nosotros, como maestros, ocupamos temporalmente el lugar del padre, y debemos, en cuanto nos sea posible, criar el afecto y manifestar el interés y el celo de la verdadera madre que emplea toda su vida amando á sus hijos y afanándose por ellos.

Pero esta benevolencia que es un elemento esencial en todo sistema de gobierno, no debe ser sustituta de la autoridad, ó un obstáculo á la severidad cuando esta es requerida para bien del individuo ó de la

escuela. El maestro debe preservar vivo un amor perseverante hacia sus discípulos; más este amor nunca es mas verdaderamente ejercitado que infligiendo el castigo necesario. Shakespeare no hubiera dicho del corazon del maestro: "reboza en él la leche de la humana benevolencia", si el maestro tuviese solamente autoridad, firmeza y voluntad ejecutiva; pero sin estas la benevolencia, como elemento de gobierno escolar, es á veces impotente.

VI

VERDAD Y LEALTAD

El gobierno escolar debe ser esencialmente paternal. Podrá haber en la escuela un reglamento compuesto de media docena de artículos; pero vano será hacer uso de él como un yugo. Cuando la autoridad está bien respetada, la persuacion y la exhortacion son generalmente más eficaces que cualquier otro medio. Siempre que el maestro esté inquieto por la conducta de sus discípulos, expóngales sus temores como un padre solícito por el bien de su familia; no les oculte nada; tómelos como confidentes de lo que pasa en su mente y en su corazon; manifiésteles sus juicios y designios sobre el asunto de que se trata á fin de que ellos comprendan la posicion en que se hallan con su responsabilidad y sus peligros, y para que aprendan á determinarse como criaturas racionales. Por este medio se obtendrán resultados mejores y sobre todo más sólidos que por procedimientos torcidos y acompañados de los fingimientos que suelen emplearse en algunas casas de educacion.

VII

EL DON DE LA PALABRA

Grande es el poder de la palabra sobre el hombre. El maestro tiene como un pequeño pueblo que gobernar, y la organizacion general de la escuela le facilita esta tarea; pero no es este el medio más esencial; el punto capital, á no dudarlo, es el establecer bien la correspondencia entre el espíritu del maestro y el de los discípulos, entre el corazon

de éstos y el de aquel. Esta correspondencia se establece por medio de la palabra. Es necesario que el maestro captive los pensamientos y los afectos fluctuantes, y se los atraiga por algo que los interese ó los mueva. Una vez dado este paso, las inteligencias se unen, se consortan, se ponen al unísono, y entónces lo que el maestro siente, piensa y dice, encuentra inmediatamente eco en las almas de los discípulos. Así puede ejercer su influencia sobre ellos como estime conveniente; reforzar ó suavizar su accion segun la necesidad, como un pianista pasa ligeramente ó apoya con fuerza sus dedos en las teclas, segun la impresion que quiere producir.

VIII

JOVIALIDAD

El maestro debe ser de genio alegre y apacible. Si puede emprender diariamente sus tareas con suma complacencia hará mucho camino hácia el mejor éxito. La jovialidad irradia alegría y el maestro verá la suya reflejada en los semblantes de sus discípulos. La primera palabra que pronuncie, la primera mirada que dirija á los niños, dará tono á los sentimientos. ¿Qué tempestad puede haber en la atmósfera del salon despejado por el alegre rostro del maestro? Este se hace agradable para que se alegren los corazones de la concurrencia. Por eso la conservacion de la salud, requisito esencial del buen humor, es un deber; y todo lo necesario para asegurarla es regla á que se debe obedecer. Dios ama al que da con alegría, y en ninguna parte es esto más verdadero que donde el don es direccion moral y luz para las inteligencias.

No siempre es fácil entrar con temple jovial en una escena de tantos cuidados y de labor, como lo es una casa de educacion. Hay en ella segun piensa el maestro, algunos individuos que son fríos é indiferentes, que no hacen caso de él ni de nada cuanto procura en bien de ellos; allí están los que él sabe que le son adversos é intentan poner obstáculos á sus planes, y que imposibilitan el éxito que se propone alcanzar. Estar entre tales discípulos con confianza, benevolencia y jovialidad; dejar atrás todo resentimiento, todo amor propio y toda desconfianza, es dificultoso; pero

debemos vencer lo malo con lo bueno; ellos son niños; hay algo en sus corazones que responderá á nuestra buena voluntad; hay algo que tomará partido con nosotros contra todo lo que es irregular. Si el maestro posee el verdadero espíritu de su profesion, podrá convertir la aversion en favor, el odio en amor y la indiferencia en interés, y obrando así no solo realizará sus fines inmediatos sinó que conseguirá con sus esfuerzos el noble bien de reprimir el mal, despertando tendencias buenas en el carácter de sus discípulos, mientras que hará efectivo todo esto en más alto grado todavía para sí mismo.
